

LA P E N T E C O S T E S D E T E Z C O C O

Por ALFONSO DE LA SERNA

Este artículo, que corresponde a la rúbrica de uno de los más jóvenes escritores españoles—actualmente en México—, mereció el PREMIO MUNDO HISPANICO 1947, instituido—con periodicidad anual—por el Instituto de Cultura Hispánica.



GSTABA la lengua castellana, según Nebrija, ya en su cumbre. El infantil romance del poema y la crónica; el romance del monje de Arlanza, del juglar anónimo o del rey poeta desembocaba en los Cancioneros cortesanos, y, al fin, se vestía con el ropaje renacentista del marqués de Santillana, de Mena o de Rojas. Una gentil brisa clásica—soplos de Virgilio, de Horacio—adornaba la tersa

claridad del idioma.

Se preguntaba el nebricense por la utilidad de su Arte Gramática cuando la grandeza de las Indias recién descubiertas vino a darle contestación. Allí estaba la virgen inmensidad indiana esperando al lenguaje de Castilla, compañero del Imperio, para trocarse en Imperio mismo. Allí estaba la babélica confusión de las mil lenguas; allí la diversidad y la dispersión aguardando una nueva Pentecostés que hiciera descender la luz sobre la oscuridad.

Como una flecha se disparó la lengua desde las Universidades y los Monasterios castellanos, empapados de latín y sabiduría, hacia la lejana ribera silvestre donde el pájaro multicolor y el indio atónito se estremecían ante la extraña invasión.

Los mejores flechazos fueron a caer en la caliente costa mejicana, tibio seno atlántico por el que vagaba el sinsonte cantando su melodía.

Así, la lengua castellana, que desde la profundidad medieval había ascendido hasta el cenit renacentista, describía una curva y retrocedía hasta la tierra salvaje para volver a expresar cosas elementales y primitivas, para decir al oído del indio el escucho balbuciente que fuese la revelación de un mundo nuevo, el mundo de Cristo. Ya no era la elegancia del latinista, ni la metáfora clásica o el discurso prolijo, sino el vocablo esencial, la palabra primera que le dijera al hombre de América qué era el cielo, qué era la salvación, qué era Dios.

Una infinidad de "pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas" aguardaba el yugo imperial, el áureo yugo de la unidad que iba a llegar con la lengua común.

Incitante, en aquel seno atlántico, estaba el fabuloso Anahuac. ¡Qué hermosa diana para aquel vuelo de flecha del lenguaje de Castilla, recién madurado, poderoso y dominador! Primero, la costa cálida y selvática; después, las sierras azules, empenachadas de nieve y de fuego; luego, la alta llanura. Y a lo lejos, en la laguna, Tenochtitlán. Méjico en la laguna...

Los "teocallis" ensangrentados. Flores en las "chinampas", flores flotando en el agua de los canales; las pirámides doradas por el sol. ¡Qué terrible y qué bello! Fray Pedro de Gante, paisano del Emperador, debió de sentir una violenta comezón cuando entró en aquel paisaje inédito para sus ojos flamencos.

Allí estaba el indio "mexica", súbdito de Moctezuma, y el "tolteca", "sutil y primoroso", con su pluma de pájaro azul como una turquesa; el "nahua" epicúreo y buen vividor, amante de la música que suena en su caracola; y el "otomí" rudo y el "chichimeca" belicoso. Cercanos y distantes entre sí, cada uno con su lenguaje, sus mitos y también sus terrores. ¡Qué grande la mies para el franciscano!

Si hay un momento cuajado de emoción en la historia americana, es este instante en que la lengua castellana, puesta en labios de los misioneros, se acerca al indio. ¡Qué aire de milagro y de drama envuelve a ese fraile delgado y harapiento, de blanca barba bíblica, que en la plaza mayor de Tenochtitlán, bajo un sol de justicia, predica a grandes voces sin que nadie le entienda aún! ¡Qué lengua de fuego baja ya por los cielos para él, como un don del Espíritu Santo!

Estos momentos los vivió el lego de Gante, entre otros frailes sublimes, de manera especial. El se angustió ante el abismo de incompreensión que le separaba del indio. Luchó, ayunó, oró al Señor pi-

diéndole una nueva Pentecostés. Se acercó al niño, que tiene el alma pura y la memoria fresca. Su rubia cabeza nórdica junto a la morena cabeza india. Palabra a palabra, gesto a gesto, un poco en castellano, otro poco en azteca recién conocido, va el fraile hablando. Va trocando las duras palabras largas del indio, los vocablos difíciles y guturales por el claro, sonoro castellano. Señala las cosas, pinta figuras, busca el ademán elocuente y traduce. Es una escena conmovedora: el fraile suda explicando y se acongoja; el indiecito, serio, callado, le escucha, y a veces una luz de comprensión brilla en sus ojos oscuros. ¡Cuántos días así!

—Mira, Juan—ya casi todos los indios se llamaban Juan—. Ese que tú llamas Tloque Nahuaque es Dios, el Señor. Y no son muchos, sino uno solo. Uno. Y aquello—señala a las nubes—no es "ilhucatl", sino el cielo. Y aquello, no "mictlan", sino infierno. Y ésta—dibuja en la arena una mujer—es la Virgen.

El fraile prosigue, aclara a Juan los inefables misterios. Juan escucha. Y Pedro de Gante, al fin, pregunta:

—Y ahora, Juan, dime: ¿A quién anunció Quetzalcoatl el de la barba rubia? Dime.

El fraile aguarda ansioso. Pero Juan ya no duda, y en su boca infantil se hace susurro una dulce palabra:

—Jesús.

El hermano de San Francisco no encuentra, tembloroso, la oración. Sólo acierta a musitar:

—Gracias, Señor.

Lenguas de fuego podrían verse sobre las dos cabezas.

Esto ocurrió en Tezcoco, a la vera del lago. Pronto, de la mies había ya una buena gavilla sujeta.

Cuando llegaron los doce famosos apóstoles de la Nueva España, los franciscanos con quienes vino el padre Motolinia, una pequeña vanguardia de indios que hablaban el castellano formaba en torno a fray Pedro.

Fué también emocionante aquella primera misa de Tezcoco en el palacio antiguo de Netzalcoayotl, el rey astrólogo y poeta que hacía versos a la luna sobre el lago e inquiría de las estrellas la verdad. Oficiaba un franciscano, y junto a los conquistadores estaban los indios conversos. Don Fernando de Alba Ixtlichótil y sus hermanos don Pedro, don Juan, don Jorge, príncipes de la sangre real de Tezcoco. Todos sabían lo que significaba la ceremonia, porque ya se lo había explicado fray Pedro. A la hora de la elevación, sobre el moreno perfil de Ixtlichótil, impasible como una talla azteca, corrían unas lágrimas. Esta fué la Pentecostés de Tezcoco.

Filosofando sobre el lenguaje, el alemán Stenzel dijo que la lengua era como el humus natural materno del ser humano, devenido mantillo espiritual. Si así es, España vino a las Indias a renovar ese humus, a echar tierra nueva sobre la que creciera el árbol del nuevo lenguaje. El árbol que daría un día las ilustres, airosas ramas de Fernando de Alba, indio azteca; del inca Garcilaso, indio del Cuzco; de Rubén Darío, indio chorotega.

Múltiples Pentecostés acaecieron en el inmenso ámbito indiano hasta que la lengua, esa ventana del espíritu, fué toda una. Citando a Aristóteles, Nebrija decía que las voces significan el pensamiento que tenemos en el alma. Por este balcón sonoro entró en las Indias el "alma nueva", llegando hasta los más hondos entresijos del ser indígena, haciéndose, milagrosamente, lengua maternal; expresando las más íntimas reconditeces, como si fuera lengua milenaria.

Y así, sobre un Continente, se elevó en castellano el coro de voces unánimes al que cantó el indio de Nicaragua.

Para que fuera posible que sobre el Tepeyac, que tiene algo de Monte Tabor, otro indio Juan, hinojado una madrugada entre los nopales y los mezquites, le dijera a la Virgen de Guadalupe que le hablaba: "¿Cómo has amanecido? ¿Estás bien de salud, Señora y Niña mía?"